

MAGDALENA LASALA

Fábulas de amantes



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Magdalena Lasala*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autor: *Magdalena Lasala*

Título: *Fábulas de amantes*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-1371-2016*

ISBN: *978-84-16626-98-4*

Nº 4

Málaga 2017

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

MAGDALENA LASALA

Fábulas de amantes



EL PASTOR Y LA ESTRELLA

Un joven pastor que conducía sus ovejas por la soledad de los montes se enamoró de la estrella más bella del firmamento: una que brillaba tanto como la luna.

Cada noche la miraba embelesado, se imaginaba que la alcanzaba y que conseguía besarla, hasta que se quedaba dormido.

El pastor talló una flauta de caña y entonces, cada noche hacía sonar melodías de amor para la estrella, y ocurrió que la estrella también se enamoró del pastor, y ambos esperaban entusiasmados que el día pasara pronto para poder encontrarse cada noche, de nuevo juntos, y hablar de amor.

Como la distancia les era dolorosa, la estrella resolvió materializarse en el universo del pastor, y así estarían siempre en contacto.

Se convirtió en la brisa que acariciaba el rostro del pastor, y a él se le veía sonreír encantado. Pero por las noches, él miraba añorante el negro firmamento, y ella tenía que convertirse en aire frío para que su pastor reparase en que ella estaba cerca. Pero eso no les gustaba, por lo que la estrella se hizo el bastón en el que el joven se apoyaba para sortear, como sus ovejas, los riscos y peñascos. Y aunque era un precioso bastón de ámbar, al llegar

la noche él miraba a su cielo deseando en silencio ver brillar a su estrella, mientras que ella, descansando apoyada en un árbol, se sentía muy sola.

Pensando y pensando, la estrella decidió transformarse en el zurrón de donde él sacaba tres veces al día su alimento. El zurrón era de piel labrada y muy ligero, y su virtud era que siempre estaba lleno de ricos manjares que hacían gozar al paladar del pastor, pero él seguía mirando a escondidas el cielo, aún con el estómago lleno.

A medida que pasaban los días, él fue perdiendo el apetito y ella estaba más triste, pensando que lo había perdido a él, y aunque se esforzaban por amarse como se habían amado, lo cierto es que él empezó a hablar cada vez más con sus ovejas, y ella se sintió muy cansada por todos los esfuerzos de sus cambios; tanto, que ya casi el zurrón no tenía alimentos para el pastor, y ella le dijo:

—Creí que deseabas tenerme cerca.

—Sí, pero me enamoré de una estrella —dijo el pastor.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó ella.

—No. Yo te amo mucho —le contestó él.

Entonces intentaron nuevos cambios y ella se convirtió en oveja, que él acariciaba dulcemente y fue la preferida del rebaño.

Mas ahora, por las noches, eran los dos quienes miraban el firmamento.

Después de darse cuenta de que tampoco podía continuar siendo oveja, la estrella se convirtió en la flauta con la que el pastor la había conquistado, y cada noche, mientras él la acercaba a sus labios para hacer música con sus besos, ella huía en silencio hacia el cielo soñando con el brillo que añoraba.

Él le dijo:

–Creí que deseabas estar cerca de mí.

–Sí, pero yo soy una estrella.

Se miraron largamente con los ojos llenos de amor.

–Somos lo que somos y por eso nos amamos.

–Volvamos a nuestra libertad, así perdurará nuestro amor. Si libres nos enamoramos, libres hemos de amarnos.

Desde entonces, la estrella brilla en el firmamento con un fulgor que es pura pasión; camina junto al pastor por los caminos y surge a sus ojos cada noche más enamorada que nunca, mientras que el pastor guía a sus ovejas por los mundos de los montes, ligero y alegre, y enamorado de la estrella con la certeza más arraigada de que se aman como a su propia libertad.

EL ECO DE LA VERDAD

El joven Silvio, obsesionado en conocer la verdad sobre los sentimientos de su amada Lidia, decidió viajar hasta una lejana región donde se alzaba la montaña más alta de Oriente y cuya cumbre era conocida por una leyenda que decía que poseía el Eco que Siempre dice la Verdad.

Aquellos que ansiaban conocer la verdad se encaminaban hacia la cima, preparados para un duro y largo viaje. No todos llegaban, pues a veces les vencía el frío, el cansancio, el hambre o la soledad, pero cuentan que quien conseguía llegar veía revelados sus enigmas personales, y regresaba al valle con la mirada límpida, como de ver más claro y más lejos, y una sonrisa le iluminaba el rostro ya para siempre.

Tras una larga travesía que nadie sabe cuánto duró, Silvio alcanzó la cumbre. Él deseaba hallar respuestas a sus dudas de amor.

Cuando se acercó al precipicio, primero quiso cerciorarse de que estaba ante el Eco que Siempre dice la Verdad, y preguntó:

—¿Estás ahí, Eco de la Verdad?

Una voz penetrante y metálica le respondió:

—¿Estás ahí, mortal?

Extraña respuesta para un eco, pareció pensar Silvio, pero recordó su lista de interrogantes y decidió empezar a exponerlos.

La primera demanda fue:

—¿Es cierto que Lidia me ama?

Y la respuesta fue:

—¿Es cierto que tú la amas a ella?

La siguiente pregunta fue:

—¿Por qué Lidia me ama a mí?

Y el Eco respondió:

—¿Por qué la amas tú a ella?

La tercera duda fue:

—¿Hasta cuándo me amarás ella?

Y el Eco dijo:

—¿Hasta cuándo la amarás tú?

Desconcertado, Silvio creyó que quizá no formulaba bien sus peticiones, e intentó preguntar de forma distinta:

—¿Podría ella morir de amor por mí?

El Eco de la Verdad respondió:

—¿Podrías tú morir de amor por ella?

Silvio respiró hondo y continuó:

—¿Necesita ella de mi amor?

Y el Eco siguió contestando:

—¿Necesitas tú del amor de ella?

Silvio cayó de rodillas frente al enorme precipicio del Eco de la Verdad, contemplando el absolu-

to y hermoso vacío azul que se extendía generoso ante su pequeñez y lloró angustiado, gritando:

—¡Eco estúpido, que no respondes a mis preguntas! ¿No ves que estoy desesperado de amor?

Entonces, el Eco de la Verdad bramó:

—¡Mortal estúpido, que cada vez preguntas lo mismo! ¿No ves que tú ya tienes tu respuesta?

LA BRISA Y EL FUEGO

La brisa y el fuego se enamoraron una noche de primavera naciente y fue un amor de esos de una sola vez en la vida, embriagado de pasión y magnetismo, hechizados el uno por el otro en algo parecido a un reencuentro, pues era como si se conociesen de otro tiempo, desde siempre.

El fuego, alimentado por la brisa, contemplaba extasiado los ondulentos movimientos de su amada ansiando tenerla en sus brazos y se extendía hacia el cielo chispeando amor dorado y rojo rubí, llegando a sutilizarse tanto como el propio humo para envolver a la brisa con un abrazo de amor.

La brisa, fascinada por el fuego, danzaba su feminidad muy cerca de él, deseando quemarse en su ardor y se extendía de este a oeste, dulce y rumorosa, soplando bellas palabras de amor al oído de su enamorado cuando se dejaba tomar en sus brazos.

Las noches y los días sucedieron entre la alegría del encuentro y el dolor de la despedida, de la locura de amor para buscarse al desgarrar de rabia por separarse, y en el verano, seguros ya del profundo amor que sentían el uno por el otro, disfrutaron de él plenamente, como un sueño hecho realidad. A veces la brisa se acercó demasiado al fuego lanzándose de lleno sobre él sin aviso, y él, felino,

había dado un zarpazo para recordarse a sí mismo que tenía un límite su entrega; y otras fue el propio fuego quien, celoso de su amada por necesitarla tanto, había casi devorado el oxígeno de su aire, y ella, canina, había permanecido a distancia para recordarse a sí misma que había un límite para su ansiedad.

La brisa, viajera y versátil de natura, volvía siempre a su amado y le contaba los paisajes que había conocido en su vaivén, los cuentos que escuchaba y las enseñanzas nuevas que traía, describiéndole imágenes de otras latitudes. El fuego, estable y tangible, recibía siempre con agrado el retorno de la brisa, y conocedor de la firmeza de la tierra, le hablaba a su amada con palabras sabias y serenas que la acercaban a la realidad del suelo.

El fuego ardiente le pedía a su amada:

—Dame tu ardor.

La brisa libre le pedía a él:

—Dame tu libertad.

En el otoño la brisa trajo hermosos regalos para su amado, hojas amarillas llenas de melancolía de amor, aromas de hogar en torno a una mesa, plumas perdidas de aves en despedida volando hacia el sur y todos ellos agradaron al fuego, que los tomaba como muestras del poder de su amada y le dijo que la admiraba, que él desearía tener la capacidad de comunicarse de igual forma con los otros universos. Pero ella sólo ansiaba mostrarse

deseable a los ojos de su amado, y cada regalo era un ruego de amor, pues lo sentía palidecer a la luz otoñal con su crepitar calmado y su llama lejos del suspiro de ella.

La brisa le preguntó a su amado:

—¿Ya no me quieres?

—Te quiero mucho pero es tiempo de reflexión
—dijo el fuego.

Ella intentó comprenderlo pero estaba demasiado enamorada para razonar y echaba de menos las horas en que habían vivido la inconsciencia del amor, y se tornó insistente, soplando con fuerza para atraer la atención de su amado. Él, dulcemente, hacía que ella descendiera hasta su calor para tomar contacto con su mundo y entonces la brisa se rebelaba furiosa lanzando sobre el fuego todo lo que su torbellino de aire había arrancado del suelo. A veces le trajo lluvia y a él le dolió; a veces trajo arena del desierto y él resistió. A veces la brisa se alejó de su lado esperando que él se alarmara y la buscara pidiéndole “ven, te necesito”, pero el fuego sólo aguardó a que volviera, sosegada como un murmullo de amor, para sonreírle de nuevo.

Cuando llegó el invierno la llama del fuego se apagó; solamente quedaba rusiente la brasa, latiendo roja como un corazón.

Ella le preguntó de nuevo:

—¿Todavía me quieres?

—Te amo mucho —dijo él—, pero ahora es tiempo de trabajo.

Ella de desesperó con la quietud de su amado y gritó con todas sus fuerzas huracanadas para que él reaccionara, pero con eso él se apagaba todavía más; luego le arrojó nieve al rostro en helados y fríos acercamientos a su amado y con esto él tenía que doblar sus esfuerzos de resistencia aislándose de ella todavía más, lo que hacía que ella sufriera también, todavía más.

Entonces le suplicó:

—Por favor, abrázame.

Y él le dijo:

—Yo quiero abrazarte pero he de conservar el control y mantener vivas mis brasas.

—Es ahora cuando más te necesito porque es invierno y hace frío para volar —contestó doliente la brisa llamando a la puerta de sus latidos, que enrojecían en su encuentro, pero el fuego la respondió suplicante:

—Es ahora cuando menos puedo darte...

La brisa vagó herida buscando el consuelo que no encontraba, día y noche, añorando la pasión de antaño y sin poder serenarse creyendo que el amor había acabado.

La primavera también regresó y el fuego resurgió con su llama ardiente, pero la brisa lo miraba a distancia recordando su cansancio de atrás y pensando que él ya no la amaba.

El fuego la atrajo hacia sí con su color, diciéndole:

—Hablemos.

Ella, dolorida, le reprochó tanto tiempo de distancia.

El fuego le dijo:

—Tú te mueves libre entre el cielo y la tierra, pues tu expresión es el movimiento, pero yo soy distinto, querida mía; mi movimiento es interno pues permanezco siempre en el mismo sitio. Mientras tú te mueves para dotar de pasión nuestro amor yo estoy quieto para mantener el amor de nuestra pasión. Quizá no te guste cómo soy y yo cambiaría por ti, pero si yo fuera de otra forma no sería feliz conmigo mismo y tampoco podría ofrecerte felicidad a ti.

La brisa le dijo:

—Me duele si me acerco a ti y me quemas, o si llamo a tu puerta y te marchas. Cuando me alejo de tu lado espero que vengas en mi busca, pero no lo haces. Quizá no te importo lo bastante.

—Cuando te alejas pienso que es porque no quieres acercarte, amada mía, y yo lo respeto, deseo tu vuelta y espero, porque tú vas y vienes a tu antojo. Y yo te quiero así.

—Pero fue invierno y necesité tus brazos para calentarme, para sentir tu amor y tu deseo de que esté contigo —dijo ella.

—Y en invierno fue cuando yo más te necesité también para que me ayudaras a concentrarme en sobrevivir, pues amándote como te amo, me nutro de ti y vivo a través del soplo dulce de tu ser, y sucumbiría gozoso en tu torbellino, sólo por no enfrentarme a la impotencia de no poseerte o al miedo de que encuentres otros fuegos que te plazcan más que el mío —dijo él—. Tu pasión es el movimiento, mi amor es la quietud. Te amo con tu lenguaje y con tu ritmo, tal como eres, y lo expreso en mi lenguaje y en mi ritmo, tal como soy yo.

—El ardor que me pedías era ya tuyo —le dijo suavemente la brisa.

—La libertad que me pedías era ya tuya —le dijo apasionadamente el fuego.

Se miraron, hermosamente distintos el uno del otro, gemelos entre sí como la imagen y su reflejo en el cristal de la existencia. Era uno de los primaverales aniversarios de su reencuentro y los envolvía la noche. En aquella oscuridad el fuego refulgía más que el propio oro y la brisa balanceaba su cuerpo misterioso y movedizo enamorada eternamente de la pasión, deseando eternamente ser atrapada por el amor eterno de su amado.

—Quizá seamos nuestro mutuo espejo —reflexionó la brisa—. Quizá cada uno seamos la parte oculta del otro, esa que no mostramos al mundo pero que también nos pertenece...

—Y amarte a ti sea amarme a mí mismo, y amarme tú sea amarte tú misma. Amarnos tal como somos y comprender en qué forma nos amamos —respondió amante el fuego, mientras la brisa, femenina y sutil, penetraba por los huecos de él, provocando el crepitar violáceo en su llama del amor y la lucidez.

...Y se sucedieron muchos veranos y muchos inviernos.

LOS AMANTES

Descansaban en paz, recostados amorosamente el uno en el otro.

Ella lo miraba con la sonrisa enamorada, como miran las novias.

Tras la ventana abierta estaban los almendros florecidos. El amado le hizo una pregunta que no le cabía en el pecho:

—¿Cómo puedo demostrarte cuánto te amo?

La voz de ella le regaló la respuesta en una dulce canción de amor antiguo:

Ámame sólo porque tú te amas a ti.

*Ámame sólo porque es tu deseo profundo amarme,
sólo porque tu certeza interior te guía a mí.*

*Ámame porque ello es tu gozo y tu dicha
y utiliza las armas de tus cinco y seis sentidos
para enamorarte en mí de la vida.*

*Ámame, amor, sólo porque tú te importas a ti,
sólo porque te haces un regalo al amarme.*

*Ámame, amor, sólo porque ello te hace libre y
feliz.*

—Así sabré cuánto me amas.



*Este librito se terminó de imprimir en la ciudad
de Málaga, bajo el signo de las estrellas
que rigen la Constelación de Acuario.
Al cuidado de esta edición las
Librerías Proteo y Prometeo*

Magdalena Lasala

Premio de las Letras Aragonesas 2014. Miembro de la Academia de Bellas Artes de San Luis. Entre sus novelas figuran *La Estirpe de la Mariposa*, *Maquiavelo: El Complot*, *La Cortesana de Taifas*, *La Casa de los Dioses de Alabastro* y *La Última Heredera*, éxitos editoriales. Ha publicado entre otros los poemarios *Seré leve y parecerá que no te amo*, *Vivir la vida que no es mía*, *Aquel sabor de lo invisible* y *Cartas en un semáforo rojo*. Su obra en Literatura Fabulística incluye títulos como *Fábulas de Ahora*, *Lo que el corazón me dijo* o *Las Historias del Dragón Danzante*.

